

El Mestizaje en la Lengua

Roberto Reyes Mazzoni

Un acontecimiento como el encuentro de dos mundos no podía menos que tener un efecto enriquecedor de la lengua de los pueblos que repentinamente quedaron frente a frente. Por una parte, en algunos idiomas indígenas surgió pronto una palabra nueva, que primero denotó la sorpresa, y después el terror que les causó un terrible animal de cuatro patas procedente del viejo mundo. Como no existía nombre para este ser en las lenguas propias, para llamarlo utilizaron el que le daban los españoles, cambiando su pronunciación ligeramente: el "cawayo". Se trató de un préstamo lingüístico, de una palabra tomada de otro idioma.

Por la otra parte, nuestra lengua española, en rigor castellana, sufrió también el efecto fecundo y enriquecedor del mestizaje con muchas palabras provenientes de las lenguas indígenas de este hemisferio.

Todo empezó con el Almirante, don Cristóbal Colón, que llevaba un diario de su recorrido. Al hacerlo, generó nuevos significados para palabras que ya existían; por ejemplo, a los nativos les llamó "indios", por creer que estaba cerca de la India asiática. La palabra no era nueva, pero adquirió un nuevo significado debido al encuentro de los dos mundos.

De esta manera, no sólo se amplió la semántica de muchas palabras, sino que se tomaron prestadas voces de los idiomas nativos para designar a la nueva realidad, a la nueva flora y fauna y a las nuevas sociedades, incapaces de ser descritas por la sola experiencia ibérica. Fue así como se expandió el español y dejó de ser un idioma meramente europeo. Traspasó océanos y montañas, mientes y tiempos, para convertirse en una lengua que cubrió todas las longitudes, sin reposo y en continua evolución es precisamente la que le ha dado mayor esplendor, al ser pulido por el uso diario de pueblos vivos que lo maman en la leche materna.

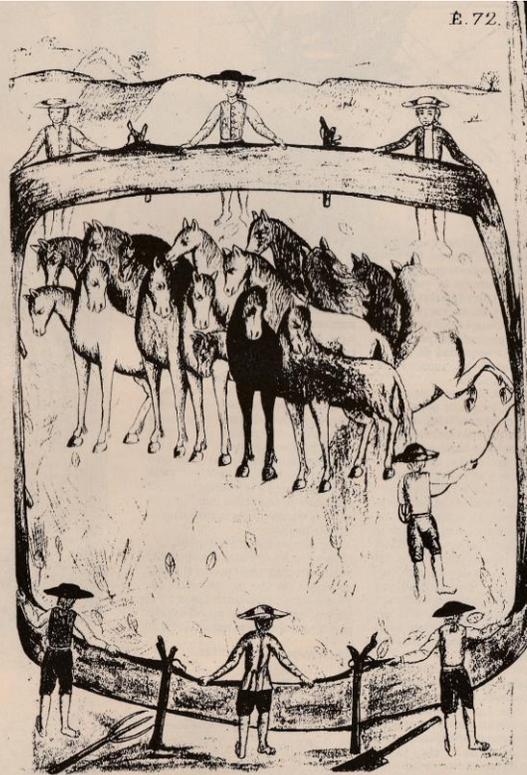
Sin embargo, el cambio no fue repentino, no se plasmó en un instante. Primero se tenía que sentir la falta de palabras para narrar algo ignoto y maravilloso a los ojos del navegante. Colón recurrió a largos párrafos para

describir las cosas y seres desconocidos que encontraba, lo indígena, lo que inició el proceso de mestizaje lingüístico aún antes de que se iniciara

el mestizaje físico.

Ya el jueves 13 de octubre, un día después del desembarco, el lenguaje le resultó insuficiente. Podemos sentir

esforzarse a su pluma cuando escribió en su diario lo siguiente: "Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un



barco, luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy a maravilla, según la tierra, y grandes en que en algunas venían 40 o 45 hombres, y otras más pequeñas... Remaban con una pala como de fomerio, y anda a maravilla...". Pocos meses después resumía todo el párrafo anterior en la palabra taíno *canoá*, que es precisamente el primer americanismo que ese mismo año de 1493 incluyó Nebrija en su diccionario. Con ese breve vocablo se evocará de ahí en adelante esta peculiar embarcación americana.

Don Hernando Colón, en la biografía de su padre ya la usa y escribe: "los indios le siguieron... unos nadando y otros en sus barquillas o canoas".

La palabra que usó primero Colón para referirse a ella, Almadía, era a su vez derivada del árabe *Al-ma-diya* y

aunque le haya incorporado al español siglos antes del viaje colombino, hoy día es mucho menos utilizada, al grado de que el Diccionario de la Real Academia la define como "especie de canoa usada en la India". En cambio, el significado de la palabra taíno, que originalmente se aplicaba sólo a embarcaciones hechas en un tronco de árbol ahuecado con proa y popa iguales y sin quilla, ha cambiado y se amplió en el curso de estos 500 años. Por una ironía del destino, una de las acepciones de *canoá* que presenta el Diccionario de la Real Academia es ahora un americanismo: "4. Amer. Canal de madera u otra materia para conducir el agua".

El lunes 15 de octubre Colón se encontró nuevamente con la dificultad de presentar a los europeos las maravillas desconocidas de las nuevas tierras. Al navegar entre dos islas, Don Cristóbal se encuentra con una "almadía" en que viajaba un viejo procedente de San Salvador o Guanahani, que sin duda se había adelantado para llevar la noticia del arribo de hombres extraños a las demás islas. Por segunda ocasión surge la dificultad de la descripción, lo que llevaría a la postre a tomar "prestadas" del taíno nuevas palabras. Escribe: "y traía... unas hojas secas que debe ser cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en San Salvador de ellas en presente...". Prosigue más adelan-

te, ya en Cuba, el martes 6 de noviembre: "Hallaron... mucha gente... con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumerios que acostumbraban."

Todavía en sus tiempos el Padre Las Casas, al relatar este episodio, nos dice: "los hombres con un tizón en las manos y ciertas yerbas para tomar sus sahumerios, que son unas yerbas secas metidas en una cierta hoja seca también, a manera de mosquete hecho de papel... estos mosquetes, o como los llamaremos, llaman ellos tabacos". La complicada descripción casi medio siglo después del viaje de Colón indica que aún no se popularizaba la costumbre de fumar, aunque muchos de los conquistadores ya habían sido conquistados por ella.

No podía faltar la referencia a las "casas" y "camas" de los indígenas. El 17 de octubre Colón bajó a tierra y entró en algunas "casas" que describe y resultan ser bohíos, (R.A.: Cabaña de América, hecha de madera y ramas, cañas o pajas y sin más respiradero que la puerta); en ellas vio "sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón". Se refiere a las hamacas. Don Hernando, años después, no usa la palabra tafna y se limita a narrar que: "Eran sus lechos como una red colgada, en forma de honda, en medio de la cual se acuestan, y atan los cabos a dos postes de sus casas".

Tampoco podían faltar los monstruos. "¿Cómo llamarlos? El domingo 21 de octubre, don Cristóbal escribe en su diario: "Andando así en cerco de una destas lagunas vide un sierpe, la cual matamos y traigo el cuero a vuestras Altezas. Ella como nos vido, se echó en la laguna, y nos le seguimos dentro, porque no era muy fondo, fasta que con lanzas la matamos". Las Casas en su transcripción opina que "Yuana debió ser ésta". Don Hernando hace una larguísima descripción del animal que "una vez quitadas aquella piel horrible y las escamas de que está cubierta, tiene la carne muy blanca y de suavísimo y grato gusto; los indios la llamaban iguana". El español adquiriría una nueva palabra y la humilde iguana quedaba presentada ante el público europeo.

Las interminables descripciones de

todo lo nuevo demuestran que el lenguaje, como era, no bastaba. Por sólo citar algunos de los casos que enfrentó Colón mencionaremos la yuca, los frijoles, los caciques (palabra que sí usa en su diario), las nuevas plantas y los increíbles paisajes de un trópico de agueridos colores y prístina presencia. Era evidente la necesidad de que el idioma absorbiera nuevos vocablos que facilitaran la narración.

Pero el proceso de mestizaje por el que el español, lengua de por sí mestiza, deja de pertenecer exclusivamente al viejo mundo y se convierte en nuestra herencia común fue largo y lento. Se inicia, eso sí, en el mismo momento en que el europeo y el indígena se contemplan uno al otro y carecen de palabras para describir lo que ven, combatientes de hierro y combatientes de obsidiana y pedernal, seguidores de la cruz y seguidores del Agua y del Sol. La fusión de voces e ideas iría a la par de la mezcla de las dos sangres, culminando con la formación de los nuevos pueblos hispano-americanos, ni europeos ni indígenas y a la vez europeos e indígenas; con lo mejor de ambos, según afirmaba el Maestro Vasconcelos.

El enriquecimiento del español con nuevas palabras continuó durante toda la época colonial, reflejando nuestro modo de vida. Los platillos criollos preparados con los nuevos vegetales y condimentados con variados chilimoles, todo acompañado de la deliciosa tortilla, o pan de maíz como le llamaron los cronistas, generaron también un abundante léxico. Las variaciones en la entonación, en el uso de las palabras, en los arcaísmos, muestran también la variación del substrato indígena en las diversas regiones de este inmenso continente. Siendo uno, somos plurales a la vez, y en esa pluralidad y diferencia estriban la fuerza y la debilidad de la Hispanoamérica actual.

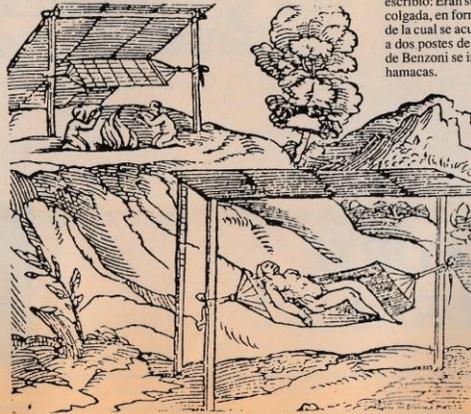
Nuestro idioma sigue vivo y al evolucionar conforme a los tiempos, es primordialmente lazo de unión y de comprensión. No rehuye las palabras novedosas de los idiomas en que se generan las nuevas tecnologías y en que las vanguardias de la ciencia se manifiestan apoyadas por poderosas economías, pero a la vez está influyendo en esos lenguajes. Cubre con su aliento vivificador nuestros pueblos y contribuye poderosamente a mantener los lazos de unión cuando lo oímos en la televisión y la radio, o lo leemos en los periódicos y los libros de cada uno de nuestros países.

Por el sabemos que tenemos un pasado común, y lo que es más importante, que estamos llamados a compartir el futuro. Somos sociedades con grandes humanistas e ideólogos sociales que plasmaron sus propuestas en español, anteponiendo las ideas al interés material. Porque más que la materia, es el espíritu el que nos deberá guiar en el futuro frente a las sociedades del consumo masificado y en el materialismo ilimitado. Quizás en el nuevo Milenio nos toque a nosotros en nuestra lengua española defender la primacía del espíritu del hombre, del espíritu social, porque tenemos raíces en todo el género humano. Por tal razón creo pertinente antes de terminar estas breves líneas citar la frase que sustenta el escudo de una de las más antiguas universidades hispanoamericanas, cuyo lema dice:

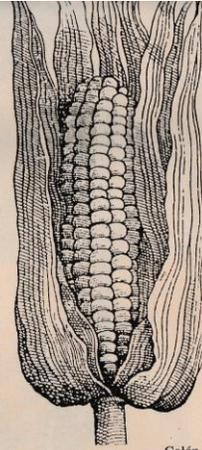
"Por mi raza hablará el espíritu".

Porque todos tenemos que aportar el mejor esfuerzo para hacer realidad la esperanza de que nuestros pueblos, unidos entre muchas otras cosas por el idioma, serán depositarios del espíritu que deberá orientar al mundo hacia un futuro mejor y más humano.

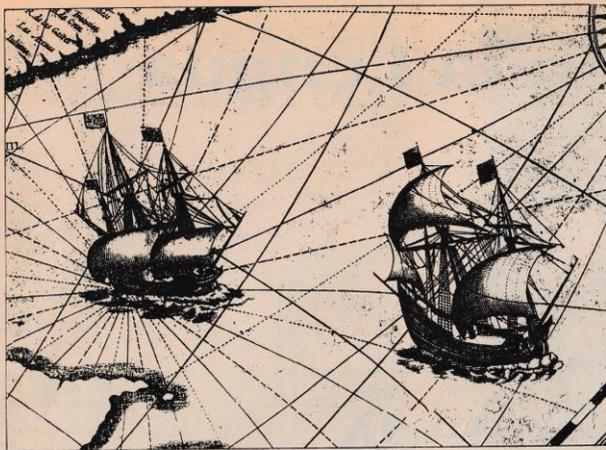
Tegucigalpa D.C.
16 de septiembre de 1992.



Colón vio "sus camas y paramentos de cosas que son como redes de algodón". Su hijo, don Fernando Colón escribió: "Eran sus lechos como una red colgada, en forma de honda, en medio de la cual se acuestan, y atan los cabos a dos postes de sus casas." En la obra de Benzi se incluyeron grabados de hamacas.



Los europeos se encontraron con el maíz por primera vez en las antillas. Este grabado que muestra una mazorca de maíz se publicó en la obra de Ramusio. Viaje y navegación, 1556.



"vinieron a la nave con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como barco luengo, y todo de un pedazo... remaban con una pala como de fomeru, y anda a maravilla". Grabado tomado de la obra Historia del Nuevo Mundo, de Girolamo Benzi, 1572.